



AMAR AL SACERDOTE, SIN JUZGAR



EN EL MONTE ALTO DE LA ORACIÓN

Para reflexionar en el silencio interior

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«Pedro se acercó a Jesús y le preguntó: “Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?”. Jesús le contestó: “No sólo hasta siete, sino hasta setenta veces siete”» (Mt 18, 21-22)

Madre nuestra, Refugio de los pecadores: es difícil perdonar a alguien cuando nos ofende, pero tenemos en tu Hijo Jesús el más grande modelo, mirándolo en la cruz, pidiendo el perdón al Padre para todos aquellos que causaban su muerte, porque no sabían lo que hacían.

También tenemos sus enseñanzas, recogidas en el Santo Evangelio. Cuántas referencias al perdón nos dejó, seguramente porque lo consideró un distintivo importante de los cristianos, ya que debemos tener sus mismos sentimientos, los que lo trajeron a la tierra para saldar la deuda por nuestros pecados, por nuestras ofensas a Dios. Y nos dijo que debemos pedir al Padre que perdone nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

De manera particular, cuesta perdonar a un sacerdote, cuando su comportamiento desdice de su configuración con Cristo. Si el sacerdote no cumple con la doctrina de Jesús, con lo que la Iglesia enseña, causa escándalo, pierde su autoridad moral, y ese escándalo puede causar que las ovejas se dispersen y se pierdan, y eso es difícil perdonar.

Pero el sacerdote perdona mucho, siendo instrumento de la misericordia de Dios, cuando absuelve los pecados. Podríamos considerar que Dios Padre, rico en misericordia, también lo perdona mucho. Nosotros debemos no solo perdonar, sino ayudarlo a que se convierta y a que se santifique, sin juzgarlo, rezando por él.

Ayúdanos, Madre, a cumplir especialmente el mandamiento del amor con tus hijos predilectos, tus sacerdotes, pidiendo la pureza de su corazón, por el poder de la preciosa Sangre del Cordero Inmaculado.

Hijo mío: el sacerdocio es un don de Dios, y es maravilloso.

El hombre que recibe ese don es un elegido de Dios. No es porque lo merezca, o que sea distinto a los demás, por sus méritos, por su virtud, por su linaje, o porque se lo haya pedido a Dios, sino porque así lo ha querido Dios para hacerlo siervo suyo y unirlo a Él en perfecta configuración, para que haga sus obras y conduzca a su pueblo a la Patria celestial.

El sacerdote es, por tanto, destinado a ser ejemplar. Pero, a causa del pecado, la imagen del sacerdote se ha distorsionado.

Muchos ven en el sacerdote un rostro desfigurado por la maldad. Algunos eso reflejan, porque se han portado mal. Pero en muchos casos, hijo mío, pagan justos por pecadores.

El pueblo de Dios ha perdido la confianza en sus sacerdotes, y caminan perdidos, como ovejas sin pastor. Tienen miedo a seguirlos, porque han causado en el mundo un gran escándalo.

El comportamiento de algunos es intachable, pero el comportamiento de algunos otros es indeseable, intolerable, no merecen ser llamados hombres de Dios. Sin embargo, siguen siendo sacerdotes, conservan el don, son hombres elegidos de Dios, y el pueblo no debe juzgarlos, debe ayudarlos. Es así, santificándolos, como le muestran amor al Hijo de Dios, dándole lo que Él tanto ama.

¿Qué acaso no se trata de eso el amor?

Amar lo que el amado ama, darle al amado lo que ama, procurar la alegría del amado, el bienestar del amado, la felicidad del amado. Eso es el verdadero amor.

Desear, para aquel que amas, lo mejor, y luchar para conseguírselo. Eso es el verdadero amor.

Renunciar a ti mismo, despojarte de ti para darle a tu amado lo que a él lo glorifica.

Yo amo a Dios por sobre todas las cosas, yo quiero darle lo que Él tanto ama, y tú vas a ayudarme, si quieres alegría a tu Madre darle.

Muéstrame tu amor, ese amor que me profesas cada día, llevando a mis hijos sacerdotes al corazón de Dios.

Nadie debe juzgarlos, todos están necesitados de perdón. Y si los pastores perdonan a las ovejas, porque es parte prioritaria de su misión, ¿acaso no deberían ser tratados ellos con compasión?

Las ovejas deben quitarse los prejuicios de la cabeza y del corazón, amar a sus pastores, perdonarlos y ayudarlos a alcanzar la perfección a través de un verdadero encuentro con Cristo y una profunda conversión, fruto de ese encuentro en la oración.

No hay misericordia más grande que darle a Dios lo que es de Dios.

Procura amar a todos mis hijos sacerdotes sin distinción, sin prejuicios, sin juzgarlos, tan sólo porque son hombres de Cristo, y están configurados con el amor.

Deja que el Señor se encargue de pedirles cuentas. Tú procura que ellos tengan los medios para rendir buenas cuentas, y darle al Señor lo que es suyo.

Le darás a tu Madre una alegría muy grande, y mucha gloria a Dios.

Te daré un consejo: ama a Cristo en cada sacerdote como lo amo yo, amando aún más al más pecador, porque en él puedes ver el rostro desfigurado del Señor por el pecado, pero lo alivias con tus lágrimas de amor, intercediendo por el pobre sacerdote pecador, para que reciba, por la preciosa Sangre de Cristo, una profunda conversión.

Que sea tu alegría y la mía ver en él el rostro amabilísimo y hermosísimo del Hijo de Dios transformado, la carne inmolada del rostro desfigurado de Cristo, en la belleza de la pureza del eterno amor.

¡Muéstrate Madre, María!

(En el Monte Alto de la Oración, n. 23)

OTRAS ORACIONES Y REFLEXIONES

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes

